

MONSERRATE Y EGIDO:

La Ermita del Monserrate, Fundada en 1695.— Importantes Obras Costeadas por el Vecindario.—La "Arteria Yugular" de La Habana Comercial.

L

A ermita del Monserrate, fundada en 1695, destruida en 1836 y reedificada en extramuros en 1844, fué la que dió nombre a la primera de estas calles, según apuntó don José María de la Torre en "Lo que fuimos y lo que somos", a mediados del siglo pasado.

"Comprende la calle del Monserrate—escribe el mismo historiador—desde la Puerta de la Punta hasta el extremo oeste de la calle de la Muralla. En la plazuela de las puertas de este nombre existía la ermita del Monserrate. El terreno en que se edificó esa iglesia era una estancia y tejaz de la familia de los Sigleres: una parte de ella fué ocupada por la Real Muralla, quedando las casitas de guano y muchas arboledas, que duraron hasta el siglo XVIII".
UN VECINDARIO GENEROSO

Según se desprende de una crónica de Francisco Cartas, escrita en el año de gracia de 1856, mostrábase ya el vecindario de la calle del Monserrate, a comienzos del siglo pasado, muy celoso de cuanto tocase a embellecer y "modernizar" esa vía. Cuenta en efecto ese cronista que en 1822 fué abierta la puerta que da de Monserrate a la calle del Obispo, a petición del Cuerpo Capitular, siendo capitán general de la Isla D. Nicolás Mahy, y que "la obra fué costeadada por el vecindario".

Este último detalle revela que de antiguo no fueron los vecinos de esta calle ni tardos ni perezosos en poner dineros de su propio peculio en obras de ornato o de utilidad.

En cuanto a la puerta que da a O'Reilly, fué abierta en 1838.

MONSERRATE EN 1863

Una descripción muy cabal, por lo precisa y detallada, nos la dió don Jacobo de la Pezuela,

en su "Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de la Isla de Cuba", en 1863, de la calle de Monserrate, descripción que merece ser conocida y que, por tanto, transcribimos a continuación:

"Se toma por calle de este nombre el ancho espacio descubierta que resulta entre las espaldas de las últimas manzanas de la población intramural por su N. O. y las cortinas de su recinto, desde el baluarte de San José hasta las puertas y plaza de Monserrate. Mide una longitud de 860, y una anchura generalmente mal nivelada y terraplenada de unas 15 por término medio, variando en los edificios y el pretil de las cortinas del recinto. Es paraje poco transitado, porque la mayor parte de los edificios que en él rematan, tienen sus fachadas a las calles de Chacón, Tejadillo, lo Empedrado y callejón de la Bomba, que también terminan en esta llamada calle de Monserrate. Los más notables son la iglesia parroquial del Angel, que mira por su espalda al baluarte del mismo nombre y antiguo cuartel de milicias que tiene uno de sus costados paralelos al de San Juan de Dios.

RAPIDA EXPANSION COMERCIAL

De los comercios establecidos en Monserrate en el siglo XVIII no nos queda memoria pero sabemos, por Francisco Cartas ("Cartera de La Habana", 1856) que a mediados del siglo pasado hallábase instalada una Marca de Carruajes en esa calle, inmediata a la Puerta de la Muralla y, asimismo, que había unos baños públicos en los Fosos, Puerta de Monserrate.

Un cuarto de siglo más tarde, o sea en 1881, registra ya, en cambio, el "Almanaque Mercantil" una voluminosa cuan larga lista de establecimientos radicados en Monserrate y Egido, lista que reproducimos a continuación porque muchos serán, sin duda los lectores que, o bien llegaron a conocerlos o bien tuvieron noticias de ellos. Hela aquí:

Oficinas públicas, etc.: Cuartel de Policía Municipal y Serenos, Monserrate esquina a Empedrado; Arbitrio de puestos públicos y vendedores ambulantes, Egido No. 10.

Importadores y tiendas de víveres: Joaquín Badia, Monserrate No. 111; Marcos González, Monserrate No. 2, esquina a Empedrado; Antonio Viadero, "La Constancia", No. 17, Egido; Antonio Romeo, Obrapia y Monserrate.

*Roanell
oct 17/43*

Fabricantes de tabacos y marcas que poseen: Sánchez y Hermano, Egido E, "La Paz de España", "La Americana", "Covadonga", "Sueños de Oro", "Oliva".

Panaderías, galleterías y bizcocherías: Juan Ginesta y Cia., Egido No. 35.

Almacenes de vinos y licores: Antonio Viadero, "La Constancia", No. 17.

Dulcerías y reposterías: Pedro Barau, "Conservas", Monserrate No. 71 acc. B; Juan Ginesta, "El 2 de Mayo", Egido 35.

Efectos asiáticos: Quon Hing Lung (Lecour) No. 9.

Baratillos de ropa y esqui-faciones: Manuel Peláez y Hno., "La Maravilla", Monserrate No. 57; Juan Ságulet, "Baratillo de ropa", Monserrate No. 71.

Sederías y quincallerías: Gumersindo Fernández y Hno., "Las dos hermanas", Egido No. 3.

Vidrios y mamparas: M. Fernández Cebrián, Egido 10; Andrés Anglada, "La Favorita", No. 2 y Acosta.

Caldererías: Rafael Sabino, Monserrate 125.

Armerías, mecánicas y herrerías: Ildefonso Boada, Monserrate 127; Francisco Cuxart, Monserrate 123; Antonio Martín, Monserrate 81; J. G. Martínez, Monserrate No. 73; E. Carreras, Egido 63; Francisco Portero, Egido 33.

Almacenes de maderas, barro, adornos y materiales para edificar: Depósito de materiales, Monserrate 113; Fernández y Cia., Monserrate 101; Ignacio Pons y Cia., Egido 4.

Hoteles, posadas y casas de huéspedes: Rosa Aliart, "La Paz", Egido 2 y Corrales; Santiago y Cia., "La campana", Egido 7; Rosario de Aliart, "La América", Monserrate y Teniente Rey; V. Cuesta y Cia., "Los voluntarios", Monserrate 151.

Restaurantes y fondas: Manuel Campos, "La Zaragozana", Monserrate No. 75 y 77; S. García, Ruiz y Cia.; "El Casino Español", Monserrate y San Rafael; Agustín Martínez y Cia., "El Sol de Madrid", Egido y Corrales.

Agencias de mudadas: F. García y Suárez, "La Campana", Egido 9; Manuel Antonio Jáuregui "El Telégrafo", Egido 3 y 23.

Casas de baños: Santiago y Cia., "La Campana", No. 7.

ARTERIAS VITALES DEL COMERCIO

Alguien ha dicho, no sin acierto, que Monserrate cobró tal preponderancia como calle comercial en lo que va de esta centuria, que bien podría afirmarse de ella que viene a ser en la actualidad algo así como la "arteria yugular" del corazón

de La Habana, ya que a su importancia como vía comercial une la del intenso tráfico que la utiliza.

Al glosar, de pasada, el aspecto comercial de Monserrate en la actualidad, tenemos que hacer un pequeño alto en varios establecimientos cuyo nombre se entrelaza con la historia de mediados y fines del siglo pasado de ese rincón de nuestra capital.

Nos encontramos, por ejemplo, con la Casa Pons, dedicada al giro de efectos sanitarios y materiales de construcción. Este

establecimiento fué fundado en 1866 por los hermanos Pons y, según se dice, es la primera casa de efectos sanitarios que se fundó en Cuba.

Tenemos, también, el Hotel Tullerías, gerentado por el señor José Piñón, que fué fundado hace 50 años. Entre el turismo extranjero y los viajeros del interior de la Isla, viene gozando este hotel de un justo renombre.

Figura también en Monserrate la fábrica de cortinas "El Sol", fundada en 1904 por el señor José Ramón Rey, así como el acreditado almacén de Pernas y Compañía, que desde hace 20 años ocupa el local en que estaba instalado el Colegio de las MM. Ursulinas.

GRANDES BARES Y RESTAURANES

No podemos cerrar esta breve e incompleta crónica sin detenernos en un detalle que, indubitavelmente, le da un cierto colorido muy peculiar a Monserrate: los bares y restaurantes que le dan realce.

Del "Floridita" —¿quién no conoce esta magnífica barra?— baste decir que es lugar de cita de nuestro mundo elegante. De la "Zaragozana", famoso restaurant, fundado en 1830, lo que lo convierte en decano de los restaurantes habaneros, pudiera decirse hoy igual que hace más de un siglo, es famosa por sus mariscos, máxima atracción de tan acreditada casa.

De entre otros bares y restaurantes, que la falta de espacio nos impide citar, mencionaremos, finalmente, al Castillo de Farnés, que lleva medio siglo de fundado.

Resumiendo, podríamos decir que en Monserrate y Egido, dos de las más animadas calles de La Habana, se centraliza un buen porcentaje del volumen de negocios del comercio de esta capital.

Este movimiento...
de un progreso...

Al mismo...
de un progreso...

Este movimiento...
de un progreso...

Este movimiento...
de un progreso...

Este movimiento...
de un progreso...

Este movimiento...
de un progreso...

Este movimiento...
de un progreso...

Este movimiento...
de un progreso...

Este movimiento...
de un progreso...

Este movimiento...
de un progreso...

3

ra de enfrente, y unos pasos más allá, la librería de Ricoy, en la que se veía a Lanuza, Zayas, Varona, Carlos de la Torre, registrando afanosos en las tongas de obras y revistas que obs- truían la pequeña sala del esta- blecimiento.

Pero antes de avanzar Obispo adentro, dediquemos un último recuerdo a esta Plazoleta, hoy, de Albear, y ayer, de Monse- rrate.

Después que un tren de coches que en ella había, de don Vale- reano San Pedro, se trasladó pa- ra la calle de Obrapia, se esta- bleció en aquella casa el histórico panorama y los famosos títeres de Don Sinesio Soler, conocidos por "Toribio y Cristobita". En verano, a las siete, y en invi-erno, a las seis de la tarde, ya es- taba la Plazoleta completamen- te llena de manejadoras con sus niños que venían a reírse de las travesuras de Cristobita; y a esa hora empezaba a sonar el órga- no de Soler con desesperación de los vecinos. Entre los dos o tres individuos que manejaban y ha- cían hablar a los títeres, había un jorobado, Marcos de nombre, que era de la piel del diablo, y que tenía la mar de gracia para inventar chistes referentes a los sucesos de actualidad, excluida, desde luego, la política que, por aquel tiempo, era cosa que le tenía sin cuidado a la gente; porque estaba tan lejos que na- die se daba cuenta de ella.

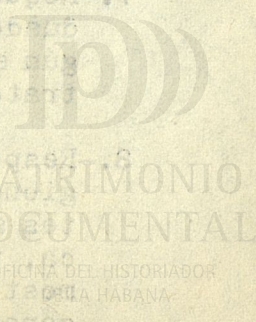
El año 1895 apareció por la calle del Obispo un francés ba- jito, de bigotes caídos, como los de los chinos, vestido decente- mente; y usando una gorra ne- gra de visera cuadrada, y con un tablero de caramelos, agitando una campanilla mientras can- taba:

**Aquí llegó un francés
venido de París,
que vende pirulí,
que quita la catarro
y mata la lombriz.**

El año 1876, seríamos unos fi- fies de unos ocho años, en ese Parque Central, y dando frente a esta Plazoleta de Monserrate, durante las fiestas de la "Paz del Zanjón", se levantaron dos enormes columnas de cristales de colores, iluminadas en su inte-

rior por infinitos mecheros de gas que producían un grandioso efecto y resultaban, en materia de iluminaciones, de lo mejor que se había conocido. Esta Pla- zoleta, antesala, como si dijéramos, de la calle del Obispo, se veía todas las noches pletórica de público, con los excursionis- tas del campo que acudían a ver los panoramas que aquí se ha- llaban establecidos; y en los que se exhibía: "El Sitio de la Peri- quera de Holguín", "La Batalla de las Guásimas", "Incendio del Vapor Pájaro del Océano", tos- cos paisajes en los que, pintores de brocha gorda, habían hecho gran derroche de rojo, negro y azul: eran los cines de la época.

Y ahora entremos, y bajemos definitivamente por Obispo. A la derecha, pasamos frente al almacén de pianos de don Anselmo López, con su balaustrada en la primera puerta, a manera de balcón y tras la cual veíase reunidos por la mañana en ani- mada tertulia, como en un ateneo de arte, a don Anselmo, su esposa doña Cristina, alguna de sus hijas, el maestro flautista Miar, el violinista Figueroa, don Carlos Ankerman, y otros dis- tinguidos profesores de la época. La primera quincallería de Hie- rro y Mármol, y después la del Bosque de Bolonia, que aun no se había corrido hasta la esqui- na de Compostela. La visitada y popular casa de cuadros de Quintín Valdés, donde Armando Menocal, pensionado de la Dipu- tación Provincial en el extran- jero, exhibía sus primeros cua- dros—uno de ellos, "Los Mos- queteros"— y Chartrand, Sanz y Miguel Arias sus bellísimos paisajes cubanos. La Habana entera desfiló entonces por aque- lla sala ante una copia litográ- fica, de gran tamaño, del céle- bre cuadro de un artista pari- siense, en el que se reproducía la famosa sesión de La Cámara Francesa en que Gambeta y otros políticos de renombre rin- dieron un homenaje de desagra- vio al viejo estadista Mer. Thiers, atacado duramente por los opo- sicionistas del momento. Al lado de Quintín Valdés hallábase la renombrada litografía de don



de caballería, tumultos y voces de gentes; y a poco vimos desfilar ante el establecimiento al entonces Capitán General de la Isla de Cuba Excmo. señor Ramón Blanco, marqués de Peña Plata, acompañado de sus ayudantes, en la carretela de lujo de Palacio, y seguido de su Estado Mayor, todos de gran gala: bicornios, flotantes plumas blancas, vistosos uniformes en que resplandecían los dorados de galones y cruces; y cerrando la comitiva, un buen número de soldados de caballería: se iba a proclamar e instaurar en el Palacio de Villalba, de la Plaza de las Ursulinas, el Gobierno autonómico de la Isla de Cuba, acordado días antes en Madrid por el de la Metrópoli, como medida salvadora para dar fin a la guerra que asolaba a la Isla del uno al otro extremo...

Y este recuerdo nos retrotrae a una mañana de invierno, ocho años antes, en 1889, y en esta propia calle... Días antes, el general Camilo Polavieja le había dado orden inmediata al general Antonio Maceo, nuestro huésped circunstancial, por entonces, para que abandonara la Isla en el término de veinticuatro horas. Aquella mañana bajaba el postalista por la calle de Bernaza para tomar la de Obispo y dirigirse al Instituto—la misma mañana precisamente en que fué citado Maceo para una entrevista con Polavieja en la Plaza de Armas. El postalista se cruzó con Maceo en la esquina de Obispo y Bernaza—venía del Hotel Inglaterra, donde se hospedaba—; le cedió el paso, como es de suponer; y bajó a todo lo largo de la calle del Obispo detrás del General, teniendo ocasión de medir a sus anchas y de apreciar en todo su poder la prestancia majestuosa de aquel escogido ejemplar de la raza humana. El General marchaba sonriente—tenía una recia y blanca dentadura perfecta— devolviendo atentos saludos a derecha e izquierda, de cuantas personas de su conocimiento se encontraban en el camino. Las gentes salían a las puertas para verlo pasar. Vestía una irreprochable entallada levita inglesa, del más fino paño negro; pantalones de casimir, a pequeños cuadros

negros y blancos, de los llamados "todos tenemos"; calzaba borceguíes de charol, de bota de paño; y se tocaba con una brillante chistera de pelo, maneando con elegante destreza y soltura una caña de magnífico puño de oro: un General, que iba a entrevistarse con otro General. Marchaba a pasos sólidos; iguales; como si lo hiciese al acompasado ritmo de un invisible redoblante que sonara desde lo alto de la Gloria. Llegado al Instituto, el postalista entró en él, no sin dirigir una última mirada al héroe de bronce, que siguió adelante—con su rítmico sólido paso militar—hasta el Palacio de la Capitanía General; hasta Peralejo; hasta Coliseo; hasta Cacarajicara; hasta Candelaria; hasta caer el 7 de diciembre de 1896, cubierto de gloria, en Cacahual...

Y estos son nuestros más destacados **RECUERDOS DE LA CALLE DEL OBISPO.**

1. - Este movimiento...

Al mismo tiempo...

2. - Este movimiento...

3. - Este movimiento...

4. - Este movimiento...

5. - Este movimiento...

6. - Este movimiento...

7. - Este movimiento...

8. - Este movimiento...